

idea, en la cual se ilumina la creacion, se vivifica el espíritu, se agradan todas las esperanzas humanas, esta edad debe ser saludada como se saluda un templo que abandonamos con religioso respeto, saliendo de ella recogidos austeros, con la esperanza en el corazon, con la oracion en los labios, bendiciendo á Dios que llena con su luz toda la vida.—He dicho. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

## LOS PERSEGUIDORES

### Y LOS PERSEGUIDOS.

LECCION SESTA.

SEÑORES:

Después de haber en dos noches consecutivas tendido nuestra vista por las altas regiones de la metafísica y de la religion, tócanos en esta noche descender y entrar de nuevo en las espesas sombras de la realidad, y contemplar el espectáculo de un mundo que se arruina. ¡Cuánta luz en la esfera de las ideas, y cuántas tinieblas en la esfera de los hechos! ¡Qué grandes y misteriosas armonías reinan en la alta metafísica cristiana, y qué desconcierto reina en el imperio! ¡Qué pura y suavemente respirábamos allí, lejos del mundo, contemplando la luz increada, sintiendo difundirse por nuestras venas el aliento de una esperanza infinita que renovaba nuestra sangre; y cuán difícilmente respiraremos en esta serie de iniquidades y de crímenes, viendo como se descompone el cadáver de una civilización que fuera un día asombro de la tierra! Pero así como la ponen, se desorganizan unas civilizaciones para abrir paso á otras civilizaciones, y de esta suerte se cumple la ley misteriosa del progreso. Los privilegiados del antiguo mundo, los Césares, los patricios, los soldados, todas aquellas gentes que vivían ociosas en el trono de la tierra, regalándose con los frutos del



trabajo del infeliz esclavo, y con los grandes y gravísimos tributos de los pueblos reducidos á universal servidumbre, creían, como creen los privilegiados de todos tiempos y naciones, que al irse sus dioses, al romperse sus leyes, al morir sus instituciones, se perdía la humanidad, cuando realmente rasgaba el cendal de una forma ya gastada, para transfigurarse, y alcanzar mayor libertad, y seguir en su camino á lo infinito, y realizar ese ideal de justicia cuya existencia nadie puede borrar, y cuyo triunfo definitivo nadie puede impedir, porque es la ley misteriosa de nuestra naturaleza. (Aplausos.) Señores: solo renovándose pueden aspirar á perenne vida las sociedades. El Asia inmóvil es un desierto que ha devorado las ruinas de las antiguas ciudades cuyas huellas no se conocen ya en la tierra fecundada por su trabajo y ennoblecida por sus gigantes monumentos; los pueblos mahometanos, dueños un día del mundo que temblaba azorado bajo sus conquistadoras cimitarras, yacen hoy inmóviles, podridos hasta los huesos, con los ojos puestos en un libro que ha trazado infranqueable límite á su vida, límite contra el cual esa vida se estrella; las naciones más caballerescas de Europa, las más aristocráticas, las que nos defendieron como Polonia y Hungría, las que levantaron y ennoblecieron el comercio y el trabajo como Venecia, han muerto, no son naciones, porque no acertaron á renovar con la sávia democrática sus viejas aristocracias; y España, el Job de los pueblos, España, que estuvo á punto de podrirse en el estercolero del absolutismo. (Aplausos, ha podido incorporarse y andar, porque en vez de permanecer en el polvo adorando las viejas instituciones que la habían perdido, sacudió sus cadenas, trazó el código inmortal de sus libertades, volvió el rostro á su siglo para recibir en su faz el soplo regenerador de las grandes ideas, y sin temer las tempestades que se desencadenaron sobre su frente, se lanzó á lo porvenir con el mismo arrojo con que se lanzara en otro tiempo al ignorado Atlántico en pos de un nuevo mundo, y de este gran arrojo nació nuestra salvación; que los pueblos que no se renuevan, se condenan irremisiblemente á la esclavitud y por la esclavitud á la muerte. (Prolongados aplausos.)

La humanidad es como el hombre; naturaleza y espíritu, pensamiento y acción. Cuando su pensamiento se renueva, también se renueva su vida. La humanidad es libre y social. Sin libertad no es, pero sin sociedad no sería como es, tan rica y varia en sus ideas y en sus acciones. Tiene la humanidad sus leyes, unas necesarias, como son las leyes de la naturaleza, y otras que puede romper, como las le-

yes de la libertad. Pero en pos del quebrantamiento de toda ley viene siempre el mal. La sociedad antigua había dado de sí todas sus ideas, y por eso moría. La nueva sociedad traía nuevas ideas, y por eso del polvo de las Catacumbas se levantaba á la victoria. Roma había formado en el horno de sus guerras el cuerpo de la humanidad, y la nueva idea traía su alma; Roma había producido las últimas armonías del arte clásico, la identidad de la idea y de la forma, y la nueva sociedad traía el arte de los infinitos dolores y de las infinitas esperanzas; Roma había con sus manos gigantescas construido el arco bajo el cual pasaban vencedoras sus legiones, y la nueva idea iba á construir la bóveda retratando al cielo; Roma distinguía el derecho quirritario y el derecho natural, y la nueva sociedad iba á escribir el derecho humano; Roma no había aún apartado el hombre del estado, y el Cristianismo creaba el individuo inmortal y espiritual; Roma arrojaba todos los dioses en el Panteón, y la nueva idea se elevaba á la unidad de Dios; Roma creía aún en la desigualdad, en el privilegio, y la nueva idea proclamaba la igualdad natural de todos los hombres; y así mientras Roma, á pesar de tener para su defensa los Césares que todo lo podían, los guerreros que todo lo avasallaban, se moría; la nueva sociedad, á pesar de no tener para su defensa más que la palabra de sus apóstoles y la sangre de sus mártires, subía al Capitolio vencedora, porque siempre, en todas las grandes crisis de la historia, el génio de la luz y de la libertad vence al génio de las tinieblas y del mal en esta continua batalla de la vida que Dios preside, dando en último resultado la corona del triunfo al principio del progreso que merece siempre la victoria. [Estrepitosos aplausos.]

Señores: desde el punto en que nace el Cristianismo, nace en oposición á la sociedad romana. El libro primero que la nueva idea dicta es el libro de los castigos de Roma, es el Apocalipsis. Desde el instante primero de su vida, aquella sociedad cristiana que parecía tan débil, que se ocultaba en las Catacumbas como se ocultaba un remordimiento en la conciencia, y que se veía abofeteada y herida de todos, presiente su victoria en sus humillaciones, y escribe apocalípticamente la gran profecía contra la nueva Babilonia; profecía que dice que después de rotos los siete sellos del libro de la vida, después de apagadas las siete discordantes voces de las trompetas estridentes y agudas; cuando ya Satanás ha sido roto y arrojado á los infinitos abismos donde hierve la hiel de todos los males; antes de que la nueva tierra brote como una flor que rompe su capullo, y se estiendan los nuevos



cielos, y se borren las huellas de la guerra que ha pasado hambrienta de matanza en un caballo cuyas crines destilaban sangre y cuyas herraduras trituraban generaciones y mundos, antes de que todo esto se cumpla, un ángel mensajero de la cólera celeste, que descenderá entre las ráfagas de inmensa tempestad, se dirigirá á la Babilonia impura, á la gran prostituta vestida de escarlata, tinta con la sangre de cien pueblos, coronada de oro arrancado á los tesoros de cien reyes; que embriaga á los pueblos con el vino de sus concupiscencias, y se embriaga á sí misma con la sangre de los mártires; y desarraigándola de la tierra como el huracán desarraiga la fuerte encina, la arrojará á sangrienta mar unida con el monstruo de siete cabezas, cuyas siete lenguas profieren siete maldiciones contra Dios; y habrá muerto el gran escándalo del paganismo, y cesarán los rumores de los festines, los ecos de las cítaras y de las flautas, los cánticos voluptuosos que de sus lábios empapados en el beso sensual de los placeres exhale los poetas coronados de flores, y solo se oirá dilatarse con inmensa resonancia por las alturas el *hossanna* inmortal que á Dios entonan los ángeles por este gran acto de su inflexible justicia. [Aplausos.]

Y en efecto, como Nínive, como Babilonia, perecía Roma. Veamos sus elementos de perdición, veamos los esfuerzos hechos para salvarla. Era imposible que aquel inmenso Imperio donde no aparecía la ley de la variedad, donde no podían brillar las dos ideas de la individualidad y de la nacionalidad, subsistiese por mucho tiempo. A haber subsistido Europa, sería hoy como Asia. Dos elementos lucharon en la Roma republicana, los patricios y los plebeyos. En las relaciones de Roma con el mundo lucharon los pueblos con el fin de alcanzar el derecho de ciudadanía. Pues bien, ahora, en esta larga decadencia del Imperio romano, encontramos luchando anormalmente la idea religiosa pagana con la idea civil de los juriconsultos, la idea civil de los juriconsultos con la fuerza de los militares, la fuerza de los militares con la reacción de aquellos pocos Césares que sueñan con volver al ideal estóico de los Antoninos, como los Antoninos habían soñado con volver al ideal republicano de la aristocracia. Y lo primero que nos maravilla y nos sorprende en esta lucha es que así como en los tiempos de la República los pueblos anhelan unirse á Roma, en este tiempo anhelan por separarse, como si conocieran que los grandes días del quebrantamiento de las fuerzas colectivas y de la separación de las naciones van á comenzar, esos días á cuyo conjunto llamados Edad media. Todo lo que ha de venir

se dibuja en esta grande palingenesis social, todo, hasta las primeras líneas del castillo feudal, que brotará de la tierra armado allá para el siglo noveno. Pero mientras tanto los elementos civiles, religiosos, militares y políticos luchan terriblemente en aquel gran monton de lodo y sangre coagulada que llamamos el Imperio. Los soldados creen que solo sobre sus armas puede asentarse á Roma, y tienen modelos de emperadores en Severo que es la prudencia militar, en Maximino que solo es la fuerza, en Níger Caracalla que son el desenfreno de la fuerza. Los religiosos á su vez, los paganos, creen que Roma muere por su indiferencia religiosa, que Roma necesita para resucitar votos, sacrificios, holocaustos, dogmas, procesiones, el filtro de todas las religiones, el acompañamiento de todos los dioses, ideas que llevan al trono del mundo á los dos emperadores gnósticos, Heliogábalo y Alejandro Severo. Los juriconsultos sienten que el destino de Roma es la realización del derecho, y que sus triunfos son debidos, no á sus armas, sino á sus leyes, y pugnan por despertar el antiguo númer del derecho; y aunque tienen Césares que los ausilien, como Tácito y Probo, no llegan nunca á crear una forma política en consonancia con el derecho civil que escriben indeleblemente en la conciencia humana. Los emperadores senatoriales, los que despues de tantos siglos y de la impotencia de tantos esfuerzos aun creen posible despertar el Senado, reedificar la tribuna, volver á los tiempos de la República con Maccrino, Máximo, Balbino, Galieno. Por fin, el Imperio reúne todas sus fuerzas en Diocleciano, sale de todas estas vacilaciones que lo pierden, señala á cada institucion el lugar que ha de tener á sus plantas, atiza las hogueras contra los cristianos, los perturbadores de la conciencia humana; y cuando se cree mas fuerte, cae de súbito herido por un rayo del cielo, y deja el trono á la idea cristiana que tanto combatiera.

Pero historiemos, señores, puesto que historiar es nuestra ocupacion en esta noche. Gaido Cómodo, asesinado Pertinax, vendido el imperio en pública subasta por las guardias pretorianas al débil Didio Juliano, Severo, general nacido en Africa, de ambicion desmedida, de taimado carácter, de frias y premeditadas resoluciones, poco escrupuloso en jurar y ménos todavía en cumplir sus juramentos (risas y aplausos); poseido de la idea de mandar á toda costa que le domina y desasosiega (repetidos aplausos); fácil en cambiar de amigos y de propósitos segun conviene á su engrandecimiento (risas); compró tambien el imperio prometiendo á sus legiones grandes ganancias y lucros si le



acompañan al trono; y como recordára que Augusto dijo en cierta ocasión, que los ejércitos de Pannonia podían llegar en diez días á Roma, no se da punto de reposo, come á caballo, duerme dos horas, y llevando para pedir el sumo imperio sus armas, lo alcanza; sumo imperio, donde fué gran general, vencedor de los pueblos del Norte, de los britanos, de los parthos; de mil fieras naciones, que parecían olfatear la muerte de aquella sociedad; pero no siendo el punto de la dificultad el vencer, sino el gobernar, obligado tal vez por la fatalidad de su origen, desconociendo los resortes del gobierno como nacido por los campamentos, llena el Senado de amigos suyos, de viles siervos orientales, que solo abren los labios para adularle y aumentar los males de aquella sociedad; emplea serviles é infames complacencias con los soldados, á quienes da doble ración de trigo, crecidísima paga, el derecho de llevar áureos anillos como los caballeros; libertad para tener vida disipada y licenciosa; y haciendo de ellos cortesanos mas que soldados, y elevando á la primera dignidad del imperio al prefecto del Pretorio, al generalísimo Plautiano que por espacio de diez años fué el azote de Roma, creyó que el mundo romano era su patrimonio, puso el poder, no en la fuerza de la idea sino en la idea de la fuerza, y precipitó, á pesar de sus prendas militares la caída de Roma: que nada hay mas débil para regir á los pueblos que la fuerza, ciega deidad que concluye por devorar á los mismos que la adoran. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Este emperador no se descuidaba en el fácil arte de seducir y contentar al pueblo. Por eso dió los juegos seculares, célebres fiestas romanas que nos describen Zozimo, Suetonio, Herodiano, y que Horacio immortalizó en sus versos. Los pregoneros anuncian la celebración de juegos que no han visto ni volverán á ver los nacidos; el pueblo se agolpa á las puertas de los templos de Júpiter y Apolo capitolinos para recibir antorchas y pez que consagrar y quemar en aras de los dioses inmortales, las profecías de los libros sibilinos andan de boca en boca; el teatro recuerda las acciones de los héroes; el circo rebosa en gentes que van á azuzar á las fieras, y aplaudir á los gladiadores; las návmáquias ofrecen batallas navales en que mueren muchas esclavos, enrojando las aguas con su sangre; los circos olímpicos á la usanza griega, hacen de Roma una Atenas; y á la parte septentrional del campo de Marte, á las orillas del Tiber, no lejos del bosque de Lucina cuyas hojas parecen repetir en su melancólico susurro los cantares de los poetas que les han consagrado recuerdos inmortales; fren-

te á los monumentos que evocan las antiguas glorias, al anochecer el emperador ofrece tres corderos en honor de las tres gracias, y al tiempo que se consuma el sacrificio, millares de luminarias brillan de súbito en la retonda del panteón recamando con sus melancólicos resplandores columnas, bosques y estatuas, como si se hubiera despertado la aurora; y las liras de los coros prorrumpen alegremente en suaves sinfonías, y las vírgenes y los mancebos entonan cánticos á Diana y Apolo, y el emperador va al gran átrio del Sol á saludar el cuadrante de las horas que ha señalado un siglo mas en la vida de Roma; y todos los romanos diseminados por los campos, elevan al cielo una plegaria en versos inmortales, pidiendo á los dioses que les miren propicios y hagan sempiterno el poder de la gran ciudad, y sempiterna por consiguiente la esclavitud de las naciones. (Vivos y prolongados aplausos.)

Pero no se salvará Roma. La llaga es demasiado profunda y demasiado cancerosa, y solo podrá curarla el hierro de los bárbaros. Continuemos pisando este suelo lleno de sangre coagulada. La historia del mundo es en este tiempo la historia de un hombre. Maldigamos la tiranía que así envilece hasta lo mas sagrado, hasta la memoria de la humanidad. Ese hombre, en cuya alma se ha refugiado toda la conciencia humana, elevado sobre los demas hombres, rompe las leyes de la naturaleza, y en fuerza de creerse un Dios se convierte en miserable bestia. No hay en su corazon ninguno de los sentimientos mas caros á la naturaleza humana. ¡Cuánto amamos los plebeyos á nuestras madres! Pues Neron mató á su madre. ¡Cómo nos sacrificamos por nuestros hermanos! Pues Neron mató á Germánico, Domiciano á Tito, y Caracalla, el monstruo de que vamos á hablar, mató á su hermano Geta. No lo estrañemos, señores Dios los hizo hombres, y la sociedad los hizo tiranos. Y la tiranía, que es el mal, pierde á los Césares buenos, y recrudece en los Césares malos sus perversos instintos. Caracalla es el César de la soldadesca, es su ídolo. Como Julio Didiano, como Septimio Severo, ha comprado el imperio por oro. El mundo es un tablero donde los Césares y los pretorianos juegan con cabezas humanas á los dados. Los que por miedo á la libertad del pueblo romano y á la solución del problema social provocáran la tiranía, ¡cómo pagaban su efros! No tengamos miedo á la libertad, miedo al bien. Tales temores solo son propios de generaciones enfermas del alma. Vale mas morir por la justicia que vivir bien hallados con la servidumbre. (Aplausos.) Mirad, mirad el César de los solda-



dos. No os lo presentaré como fué, porque la historia, como ha dicho un gran poeta, tambien tiene su pudor; pero os dejaré entrever algunos de los rasgos de su fisonomía. Fué engendrado, nacido y educado en los campamentos, entre pretorianos; y aunque de niño mostrara buenas prendas é inclinaciones saludables, perdía en el trono toda noción de justicia, todo sentimiento de derecho; y asesinó á su hermano en brazos de su misma madre, y con su hermano asesinó á todos sus amigos y partidarios; y esterminó con rabia y premeditada venganza á toda la juventud de Alejandria despues de haberla infamemente engañado; y trató paz y amistad con los parthos para llamarlos á su lado, y perderlos, y decirse su vencedor, y abrogarse una victoria que era deshonrosa traicion; y sacrificó gran parte del pueblo romano asesinando sin piedad, porque el pueblo romano se burlara un dia de su gladiador favorito; y manchó ¡incestuoso! el lecho de su madre despues de haber salpicado la frente de aquella infelicísima con sangre de su hijo; y acabó la obra de la demolicion del senado, curándose solo de la voluntad y del voto de sus pretorianos, siempre dispuestos á seguirle porque les llenaba las manos de oro y el vientre de sabrosas viandas; y saciaba su lujuria, entregándoles las mas hermosas mujeres de todas las regiones que recorrían, y hartaba su ambicion abriendo ciudades y campos á su insaciable voracidad, y bebía su vino, y jugaba con sus dados, y entonaba sus súcios cantares, y se embriagaba de su embriaguez, y ardía en su concupiscencia, y menospreciaba la púrpura, fingiendo que la llevaba solamente para cubrir las violencias de los soldados; de suerte que el dueño del mundo, el custodio del derecho, era esclavo de sus legiones; crimen que no se comete nunca impunemente, puesto que Caracalla, como todos estos déspotas, murió en las garras del monstruo que acariciaba, se clavó en el vientre la espada con que habia herido y atormentado al mundo. (Aplausos.)

¡A cuántos crímenes obliga la tiranía! Este monstruo cayó en el delirio de imitar á Alejandro y creerse tan grande y tan héroe como el inmortal macedon. Fué hipócrita hasta el punto de llorar á su mismo hermano por él inmolado. Fué cruel hasta el punto de amenazar á su madre con la muerte porque lloraba á su hijo. Fué taimado hasta el punto de enviar un veneno á Leto y despues de haberse envenenado por su mandato, honrar su cadáver como si fuera despojo de un Dios, lo cual prueba que en aquella conciencia emperdenida habia muerto hasta la voz de la justicia divina, hasta el remordimiento. Mató al jurisconsulto Papiniano, honra de su tiempo, y

despues reconvinó á su verdugo porque en vez de matarlo al filo de la espada, lo mató á hachazos. Roma fué en su tiempo como una orgía de sangre. La muerte abría sus negras alas sobre la ciudad Eterna. En el baño, en el teatro, en los juegos, en el Circo, en todas partes corría la sangre humeante. Caracalla se gozaba en esta carnicería y abría sus narices para respirar el hedor de la sangre, como el chacal entre la podredumbre de un campo de batalla sembrado de cadáveres. Se llama germánico, y decia que si venciera en Lucania llamariase lucánico, apellido que á un mismo tiempo significaba gloton y fratricida. ¡Oh! señores, el espectáculo de estos crímenes obliga á apartar con horror los ojos de la tiranía y á levantarlos al cielo siempre claro, esplente de la justicia.

Así no es maravilla que despues de haber pasado bajo el mando de Macrino, el imperio, cansado de los pretorianos se diera á un gnóstico, á un sacerdote, á un jóven oriental en cuya mente hervian todas las ideas del viejo paganismo, en una palabra, á Heliogábalo. El historiador Lampridio dice que de buen grado condenaria á perpétuo olvido la vida de este hombre y rasgaria las páginas que acaba de escribir con asco. Y sin la vida de este hombre no podriamos comprender la necesidad que habia del tránsito de un estado social á otro estado social; no podriamos comprender el sensualismo infinito de que adolecia la religion pagana en la hora de su muerte. Hijo de un adulterio; nacido en los serrallos de Oriente; amamantado á los pechos de voluptuosas mujeres; crecido á la sombra de aquellos templos de Siria donde la prostitucion era holocausto, aceptó á los dioses, iniciado en las ideas confusas de un gnosticismo bárbaro y habituado á las prácticas de un culto sensual que admitia la prostitucion y la bestialidad, y la peligamia, y mas aún la omigamia; sacerdote de aquellas orgías donde el delirio de los sentidos llegaba á sus últimos extremos; este adorador del sol eleva consigo al trono de Roma una suerte de misticismo sensual, de erotismo religioso como nunca lo viera el imperio romano; y aclamado por dueño del mundo, sin mas título que un confuso recuerdo guardado por su madre de haber tenido entre sus infinitos amantes á Caracalla, se dirige á la ciudad Eterna desde Emeso en una procesion religiosa que dura cuatro meses; entra en los muros de Roma vestido de crugiente seda, con el manto de púrpura en los hombros, y la tiara de oro en las sienes, teñido el rostro de bermellon, envuelto en espesa nube de incienso, abrazado á una gran piedra negra cónica, que es su dios, seguido de jóvenes sirias desnudas, que al son



de los tambores y de las flautas danzan desordenadamente, despidiendo de sus gargantas alaridos feroces; y sube al Capitolio, y alza un templo; y arranca el fuego de Vesta para consagrarlo á su culto; y desposa á su dios con Urania, mandando que el orbe entero celebre con locos placeres tales nupcias; y funda un colegio de sacerdotisas consagradas á Vénus; y lleva á los altares de su dios los dioses de todos los templos como esclavos; y se da á la magia buscando oróscopos en el vientre de los niños inmolados por sus propias manos; y disipa las rentas del imperio en cenas donde hay todo cuanto puede apetecer el exquisito gusto y la voraz glotonería; y arrastra á su lecho las prostitutas, las damas, las vestales, los histriones, los gladiadores, hasta las estatuas de los dioses; porque aquel desgraciado mas que una persona es la personificación de una sociedad que se muere devorada por la delirante fiebre del sensualismo. (Estrepitosos aplausos.)

Todos aquellos emperadores tienen un ideal de poder que no cabe en las condiciones de la vida humana, y todos mas que hombres, se creen dioses. Y en este vértigo de orgullo, el puñal ó el veneno los precipita en brazos de la muerte. Así muere Heliogábalo y le sucede Alejandro Severo. Gibbon ha presentado en su historia de la decadencia del imperio romano, al buen Alejandro Severo como un rey de la Edad media, piadoso, manso, humilde, devoto, administrando justicia á la manera de Luis IX. En esto se ha dejado llevar la preocupación que reinaba en aquel Lampridio, principal autor de la historia Augusta, y que deseando mostrar á Constantino un modelo de príncipes, lo forja en la biografía de Alejandro Severo humilde, débil, absorbido en aquella suerte de sincretismo religioso, que adoraba juntamente á Abraham y á Orfeo, y á Jesucristo. Yo, al considerar las varias fuentes de este reinado, me inclino á Herodiano, autor contemporáneo de Alejandro Severo, testigo de los hechos que narra, imparcialísimo en sus juicios, si bien poseído siempre de reminiscencias de la vida griega. Heliogábalo mostró el desenfreno del gnosticismo; Alejandro Severo su impotencia. Su madre Mamme, lo educa y lo domina, y reina en su corazón, y de consiguiente, en el imperio. Alejandro es uno de esos príncipes débiles, afeminados, que parecen por su mal en las grandes crisis históricas, en la decadencia de los imperios, para perder las instituciones, cuya autofidad representan. Yo le llamaría el Carlos II de su tiempo y de su raza. En la vida pública y en la vida privada, en el palacio y en el campamento, la debilidad es el rasgo distintivo de su carácter. Toma por esposa una dama patricia, y

la repudia, porque á ello le obligan los celos de su madre. Se aconseja de Ulpiano para el gobierno, y como Ulpiano representaba el elemento civil y era odioso á los soldados, lo entrega á la furia de estos, y consiente en su violenta muerte. Asocia el historiador Dion Casio al consulado, y cuando la gente militar, en su licencia, en su desenfreno, pide la caída de aquel hombre, consiente en su destierro. Llega la hora de tomar el mando de sus tropas, y el jefe de un Imperio militar, tiembla y llora entre el fragor de la guerra. Todo en él es afeminado, ruin; pensamiento, vida, carácter. Artajerjes, rey de los persas, conquista el imperio de los parthos y viola el sagrado de la frontera romana. Esta audiencia necesita pronto ejemplar castigo. Pero Alejandro va á Oriente y es tan desgraciado, que pierde en la demanda ejército y honra. Su retirada á Antioquia me parece el imperio romano retrocediendo delante de los bárbaros. Si hoy nos maravilla y extraña tanta debilidad ¿cómo no debía extrañar á los romanos, acostumbrados á ver muda en su presencia la tierra! Estos místicos, estos soñadores gnósticos pierden el imperio. El eclecticismo y el sincretismo aparecen siempre en la hora de la muerte de las civilizaciones. Y el sincretismo y el eclecticismo, que vienen á ser la indecisión intelectual, engendran esta indecisión moral, cuyo representante es Alejandro Severo, y cuyo resultado es la pérdida de los imperios. Sí, Alejandro muere en su expedición á Germania, y muere tristemente á manos de sus mismos soldados.

Señores, no es maravilla que el ejército, cansado de aquel afeminadísimo príncipe, optara por un soldado. Este soldado era de los últimos límites de Tracia, era godo. Nacido en una cabaña, criado entre pastores, empeñado en la vida militar por temperamento y por elección; tan desmesuradamente alto, que levantaba su cabeza sobre el ejército; tan forzudo, que detenía un carro en su carrera, y luchaba con un toro sin mas armas que sus brazos; compañero de glorias y fatigas de todos los soldados, su camarada querido, echáronle estos la púrpura imperial sobre los hombros, y fué dueño del mundo, dueño de un ejército en que no había romanos, sino griegos afeminados que tocaban la cítara y henchían el campamento de voluptuosos cánticos; tracios fieros que, mal hallados con su vida de bandidos, dejaban sus cabañas y sus bosques y sus sacrificios humanos, para seguir en sus depredaciones, bajo las enseñas de las águilas romanas; africanos tostados por el sol, cuyos negros ojos y cuyos blancos dientes, así como sus saltos de tigre y sus rugidos de león, atemorizaban á los mismos



que los conducían á la pelea; godos y germanos recogidos en cien batallas, y obligados á servir por fuerza á sus eternos enemigos; parthos montados en sus caballos negros como la noche, armados de su arco terrible como la muerte, ligeros á manera del viento de sus desiertos, bebedores de sangre, que adornan la espalda con el carcax lleno de huesos humanos, y el pecho con el collar de cabezas cortadas á sus enemigos en el campo de batalla; pueblos todos que la indolencia romana habia reunido, tan diversos en leyes, usos y costumbres, y que se reunen y confunden como si fueran uno solo en el odio comun á Roma; y desde las nevadas cumbres de los Alpes, donde acampan, miran á Italia hambrientos, como los cuervos un monton de cadáveres, y piden á su jefe, bárbaro y sangriento sobre todos ellos, que los conduzca á la guerra, á la matanza, para destruir á Roma y vengar en ella la afrenta y la esclavitud de su sus padres. (Prolongados aplausos.)

Para conocer al bárbaro que los conduce, leed la Historia Augusta, todavía llena del terror que su presencia causara en Roma. Aquí nos abandona Lampridio y nos acompaña Julio Capitolino. La historia pierde toda su grandeza artística, y se acerca ya á la aridez de la crónica de la Edad media. Mirad á Maximiano. Su cuna fué un establo, su primer oficio el pastoreo y la caza, la causa ocasional de su aparicion en el ejército, unos juegos militares que dió Septimio Severo en que venciera seguidamente diez soldados; y por consiguiente, aquel hombre, en quien la fuerza estallaba en toda su grandeza, debia ser el espléndido ideal del soldado, y significar en la historia el apogeo del elemento militar, del pretorianismo. Casto, de costumbres puras, amante de su mujer y de su hermoso hijo; enemigo de las liviandades con que manchara su vida Heliogábalo, por lo cual no quiso nunca seguirle, acariciado por Alejandro Severo, que le amaba como la debilidad ama siempre á la fuerza; aquel hombre que pasara de pastor á soldado, y de soldado á tribuno militar, y de tribuno á jefe de la cuarta legion, aquel hombre, cuya estatura era de diez piés romanos, cuyo estómago devoraba cincuenta libras de carne, cuya sed no se saciaba sino apurando una ánfora, cuyas manos pesaban como una maza de hierro, y cuyas fuerzas arrancaban de raiz los arbustos; llamado por sus soldados Hércules, Milon de Crotona, Aquiles, Cielo, Anteo, Phalaris, y que habia limpiado ergástulas, letrinas, cloacas, y sido esclavo de los esclavos romanos, se levanta al Imperio; y condensando en su alma todas las pasiones de los pretorianos, entrega los

ídolos de oro á sus legiones, mata á juriconsultos, patricios y senadores, amenaza al Senado, arde en odio contra aquella aristocracia que ha domeñado la tierra, pero que tambien le ha envilecido, desecha las vanas fórmulas y los vanos títulos inventados por la soberbia de los Césares, y solo se preocupa en sus odios bárbaros de infligir á los señores del mundo un gran castigo; tirano, fiero, subido al Imperio por una gran voluntariedad de la fortuna, y el cual parece Espartaco que se levanta de su tumba crecido y trasformado, á tomar una venganza tan formidable como las injusticias de que eran víctimas los infelicitimos esclavos en toda la tierra. (Estrepitosos y repetidos aplausos.)

Maximiano envía á Viteliano Roma á que cumpla sus sangrientos mandatos de venganza, y en tanto triunfa en Germania, logrado lo que no lograra ningun emperador culto y sábio, obligar á retroceder á las olas de la barbarie. El Senado se subleva; Gordiano I, que daba espectáculos de quinientos gladiadores al pueblo, es nombrado César y muere asesinado; le sucede Gordiano II, el sensual, y muere asesinado tambien; Maximino desciende rápidamente de los Alpes á Italia, y traidor puñal ataja su carrera; síguenle en el trono Maximo y Balbino, patricio el uno, plebeyo el otro, ambos hechuras del Senado, que piensan restaurar la República, y son asesinados por los guardias pretorianos; sube al vacío trono del mundo Gordiano III y va al Oriente y sus soldados, que un dia le aclamaron, no quieren admitir la renuncia que hace del Imperio, porque quieren arrancarle con el Imperio la vida; y toma en sus manos el cetro de la tierra un árabe, Felipe, el cual celebra juegos ceculares, porque la ciudad Eterna ha cumplido mil años de vida; ¡ay! mil años, á cuyo término la libertad es sombra, la República cadáver, el Senado impura mancebia, el gobierno asqueroso despotismo militar, el mas terrible y repugnante de todos los gobiernos, que no reconoce derecho, que adora la fuerza, que cree toda autoridad puesta en las armas, que prostituye al pueblo con juegos, que mancha de sangre las gradas del trono, que entrega al mundo, no al mas sábio ni al mas virtuoso, sino al mas fuerte, que hace imposible todo derecho; triste, pero merecido castigo de los pueblos que doblan la cerviz á la pasada coyunda de la servidumbre. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Por fin, Felipe cae y sube Decio, en cuya eleccion convinieran por un momento el Senado y el ejército. Decio tenia dos grandes pensamientos: vencer á los bárbaros que ya se adelantaban á cumplir el castigo de Roma y restaurar las perdidas magistraturas. Creyendo